

## IDENTIFICACIÓN DEL PECIO DE TORREQUEBRADA (BENALMÁDEN A) Y ALGUNAS NOTICIAS SOBRE LA CARGA DE OBRAS DE ARTE DEL NAVÍO INGLÉS WESTMORLAND

Pedro Rodríguez Oliva



**E**L primero de los asuntos de los que, mediante este informe, doy cuenta en la sesión de hoy a las Sras. y Sres. Académicos afecta a un tema por el que, en el verano del año 1961 y nada más producirse las primeras noticias sobre el mismo, se interesó vivamente nuestra Real Academia de Bellas Artes de San Telmo que delegó su investigación en quien fuera su Numerario y Delegado Provincial de Bellas Artes, don Juan Temboury Álvarez. Parece ésta, pues, razón más que oportuna que justifica el que en esta ocasión notifiquemos la parcial resolución que acaba de producirse en torno al enigma que hasta ahora venía suponiendo la identidad del barco cargado de mármoles elaborados –y entre ellos varias estatuas representando a deidades clásicas– del que por vez primera se tuvo conocimiento al hallarse, en esa fecha y de manera fortuita, en aguas de Benalmádena, una de tales esculturas neoclásicas. Efectivamente, a fines del mes de julio de 1961 fue noticia ampliamente difundida en los medios de comunicación, como en otro lugar he dejado escrito [P. RODRÍGUEZ OLIVA, *La arqueología romana de Benalmádena*, Málaga, 1982, 59 ss.], el hallazgo en el mar, sobre un lecho rocoso cubierto de arena, a unos 8 metros de profundidad, y entre los restos de un naufragio localizado a una distancia aproximada de unos 300 metros frente al lugar conocido como Torrequebrada, de una escultura de mármol blanco y 1,50 m. de altura –incluido el pedestal cuadrangular sobre el que se eleva– representando a Dionysos, pieza que, nada más descubrirse, se vino considerando erróneamente como obra de época romana. Sobre la escultura y las circunstancias del descubrimiento dio cuenta detalladísima don Juan Temboury en un artículo titulado “Baco, pescado en Málaga” que apareció publicado en la revista *Blanco y Negro* [núm. 2 571 del 12/8/1961, 13-18]. El ejemplar fue traído de inmediato a Málaga donde ingresó en el Museo Arqueológico Provincial y en la provisional sede del mismo, en la Alcazaba, ha estado expuesto al aire libre cerca de los Cuartos de Granada, hasta no hace mucho. Se da, además, la circunstancia de que la repercusión de ese hallazgo arqueológico fue tal que no solo se interesaron por el mismo los círculos científicos –como es el caso, que acabo de referir, de nuestra Academia– sino que, incluso, el “Baco de Torrequebrada” y las malagueñas aguas de Benalmádena que le habían cobijado (no durante tantos siglos como en un principio creyeron sus halladores) fueron motivo de inspiración en nuestro Vicente Aleixandre, quien en su libro *En un vasto dominio* [ed. Revista de Occidente, Madrid, 1962] dedicó a tal asunto su poema “Hijos de la mar”:

*Sobre esa arena yace todavía. Es la playa de Benalmádena.  
Allí Torrequebrada. Y aquí en espumas cede  
el mar algo que es suyo, por derecho de posesión  
durable: siglos.  
La estatua es bella. [...]  
Y los que allí bajaron, rompiendo espeso el muro  
del mar, luego emergieron con el precioso resto  
intacto: la piedra bella en orden. La forma: el dios vacío.  
Aquí está: es la presea del mar. Justa. Dionisos  
quizá, o su sombra infausta. [...]*

*... Abí en la arena*

*levanta el brazo en arco sobre la testa libre.  
Los pámpanos, el torso desnudo; a la cintura vese  
la piel salvaje. El tronco sostiene el cuello y alzase  
en fin un rostro joven de veinte siglos puros de mar, de  
mar sin horas. [...]*

A fin de determinar la importancia y antigüedad de este pecio de Torrequebrada, la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Educación comisionó al Profesor Eduardo Ripoll Perelló para que, con un grupo especializado de submarinistas del CRIS de Barcelona, realizaran una exploración en el lugar. Estos trabajos se desarrollaron a comienzos del mes de agosto de 1961 y de inmediato demostraron que tales restos subacuáticos correspondían a una embarcación de época contemporánea dada la presencia de *maderas perfectamente machibembradas, recubiertas de finísima lámina de latón; clavos de metal estampado en frío; espárragos de cobre fundido...* Todo revelaba un astillero de selecta calidad industrial, que nos hacía pensar en un origen inglés. Probablemente se trataba de un "brig". A un mes escaso de la terminación de sus trabajos el Dr. Ripoll Perelló informó de la modernidad del pecio de Torrequebrada al III Congreso Internacional de Arqueología Submarina que se celebró entre los días 1-5 de septiembre, en Barcelona [E. RIPOLL PERELLÓ, *Actas III Congr. Intern. Arqu. Subm.*, Bordiguera, 1971]; del mismo modo, con esos nuevos datos, don Juan Temboury, el entusiasta promotor de aquellas investigaciones, dio a conocer los resultados de las mismas en un nuevo artículo aparecido en la revista en que publicó el primero [J. TEMBOURY ÁLVAREZ, "Exploración submarina en la Costa del Sol", *Blanco y Negro*, núm. 2 577, 23/9/1961, 43-46], y donde resumía de este modo el resultado de aquellas investigaciones: *La embarcación tiene unos treinta metros de eslora. Ha desaparecido cuanto rebasaba la línea de flotación, que debió ser metódicamente desguazada de toda la obra muerta hasta de sus menores enseres. Encallado y sin maderamen, quedó perfectamente entibado el cargamento de la bodega, compuesto de gran número de losas de mármol, de pequeño grosor para ser antiguas, piezas ochavadas y redondas... cajas de barras fundidas de azufre y gran cantidad de cañas de bambú, cortadas en trozos de unos cincuenta centímetros...*



*La Artemis de Benalmádena. Museo Arqueológico Municipal de Benalmádena.*



*El Dionysos de Torrequebrada. Foto Arenas, 1961. Arch. Temboury. Diputación Provincial de Málaga.*

En los primeros días de septiembre de ese año 1961 se celebró también en Barcelona el VII Congreso Nacional de Arqueología. Entre los asistentes a aquella reunión científica fue motivo de interés el descubrimiento submarino de Benalmádena de hacía un par de meses y del que, como allí se dijo, *tanto se ha hablado últimamente*. Asistieron a ese congreso, en representación de las instituciones arqueológicas de Málaga, el que era entonces Delegado Provincial de Excavaciones Arqueológicas, don Simeón Giménez Reyna, y don Manuel Casamar, el Director del Museo de Málaga; aunque ya a esas alturas se sabía por la investigación de Ripoll que el barco era moderno, Giménez Reyna y Casamar al dar cuenta al congreso de los últimos descubrimientos arqueológicos en la provincia de Málaga, a requerimiento de doña Concepción Fernández-Chicarro, Directora del Museo Arqueológico de Sevilla, ofrecieron información del hallazgo *del buque encallado en la playa de Benalmádena y del que se ha rescatado la estatua marmórea de un Dionysos joven* [C. FERNÁNDEZ-CHICARRO, *Actas VII CNA-1961* (1962) 75]; porque, a pesar de haberse comprobado

la modernidad de aquella nave, algunos siguieron, sin embargo, manteniendo que la estatua era una pieza romana del siglo II d.C. que sería transportada con destino a algún coleccionista [J. TEMBOURY ÁLVAREZ, *Torres almenaras (Costa occidental)*, Málaga, 1975, 221]; incluso, durante las jornadas del siguiente Congreso Nacional de Arqueología, que tuvo lugar en Málaga y Sevilla el año 1963, la estatua, en su emplazamiento en la Alcazaba, fue motivo de cierta atención, aunque ya entonces para los especialistas resultaba evidente que no era una pieza antigua y por tal razón no formó parte de la selección de objetos arqueológicos que en la Casa de la Cultura se expuso con motivo de las sesiones que el congreso celebró en Málaga [S. GIMÉNEZ REYNA, *Actas VIII CNA* (1964) 115-126; A. GARCÍA BELLIDO, *AEspA*, XXXVI (1963) 181-190].

En el mes de noviembre de 1974, el barco hundido de Torrequebrada, que ya empezaba a ser denominado entre los aficionados a las prácticas submarinas como el “Pecio de los Santos”, probablemente por las estatuas en él contenidas, ofreció otro nuevo descubrimiento. Esta vez lo que recuperaron los submarinistas del Grupo de Actividades Subacuáticas “Los Delfines” de Benalmádena era la estatua de una Artemis, de 1,50 m. de altura que, igualmente, en un primer momento se creyó pieza antigua [Diarios *Sur*, 6/11/1974, 9; *Sol de España*, 6/11/1974, 19] y fue depositada en el Museo Municipal de Benalmádena. Empero, el semejante estilo de ambas estatuas, el idéntico mármol blanco sobre el que las dos se han trabajado, las mismas medidas que la pareja presenta, la semejante composición –más que evidente en la disposición en ambas de sus brazos derechos levantados y doblados sobre la cabeza– indican que tanto esta Diana como el Dionysos encontrado trece años antes son obras de un mismo taller y ambas piezas neoclásicas decimonónicas [P. RODRÍGUEZ OLIVA, *o.c.*, 63 s., láms. XXIV s.]. En esta ocasión se procedió a la extracción de un buen número de las losas de mármol que aparecían apiladas en el pecio. Todas son, como las estatuas, de mármol blanco con ligero vetado gris que parece ser de las canteras de Carrara, la mayoría de 0,40 x 0,40 m., aunque hay otras, también en no pequeño número, de 0,60 x 0,60 m., de las que una buena porción de ellas fueron utilizadas para pavimentar algunas salas del Museo Municipal de Benalmádena.

Nuevamente en el verano de 1982 aparecieron otros ejemplares de esculturas marmóreas en las cercanías de este pecio. Una de las estatuas –hasta hoy depositada en el edificio de la Capitanía del puerto de Benalmádena– se eleva sobre un breve plinto e, incluido éste, tiene una altura máxima de 1,50 m. Representa un Apolo cuya espalda y mitad inferior del cuerpo se cubren con un manto que en su disposición deja parte del torso de la deidad al descubierto. Eleva su brazo derecho, a la manera del tipo clásico del *Apollon Lykeios*, para posar su diestra en la parte alta de la cabeza; el brazo izquierdo, por el contrario, descansa suavemente sobre una lira que aparece apoyada sobre un puntel cubierto. Es obra de taller de muy escasa calidad artística e idéntica, como fácilmente puede comprobarse, en su composición y caracteres al Dionysos y a la Artemis halladas anteriormente. También en esta ocasión se encontró un busto femenino de 0,50 m. de alto, que se guarda en el edificio municipal de la Casa de la Cultura de Arroyo de la Miel, y que representa a una joven en la actitud púdica de cruzar sus brazos sobre el pecho tratando de ocultar sus senos que han quedado al descubierto al desatarse de su hombro izquierdo la abotonadura con que en ese lado se sostenía el leve vestido que la cubre. La actitud de

recato que remarcan la suave caída de la cabeza y el pudoroso retraimiento de su cara indican de modo muy claro cuán violenta es para la interesada esta indeseada circunstancia. Junto a estos dos ejemplares se hallaron también una basa moldurada –que está en la Capitanía del puerto– y un par de fragmentos de cabeza y mano de otras esculturas cuyo destino actual desconozco.

Igualmente se han relacionado con la carga de mármoles de este barco naufragado los tres trozos de fustes marmóreos aparecidos en enero de 2002 en el entorno de ese pecio [*La Opinión de Málaga*, 23/1/2002, 40] y que, pocos días después de su hallazgo, fueron depositados en el edificio de la Capitanía de Puerto Marina (Benalmádena).

Don Juan Temboury había propuesto la sugestiva hipótesis de que esta carga de mármoles y estatuas pudo tener como destino el adorno de la casa de recreo llamada “La Perla”, finca que, precisamente, se ubicaba en el litoral de Benalmádena en un lugar frontero al del naufragio, y de la que era propietario Mr. William Mark, el conocido cónsul inglés de Málaga entre los años 1824 y 1836 [J. TEMBOURY ÁLVAREZ, “Exploración...”, 45 s.; P. RODRÍGUEZ OLIVA, *o. c.*, 64-66]. Sin embargo, una serie de hallazgos posteriores han obligado a replantear la problemática de esta embarcación y del destino de su carga. Entre los objetos que en variadas ocasiones se han ido recogiendo entre los restos de este barco, hay varios pernos cilíndricos de bronce en uno de los cuales se pueden leer con cierta dificultad el nombre *Muntz* y la abreviatura de la localidad inglesa de *Birmingham*; de igual modo, en una de las chapas bronceas que recubrían las maderas del casco del barco, y cuyo conocimiento debimos al arqueólogo municipal de Benalmádena don Gonzalo Pineda de las Infantas, se ha podido observar la existencia de un sello de fábrica en relieve sobre el que se lee *Muntz 26*. Como con todo acierto hizo notar don Sebastián Corzo Pérez, su descubridor, estas marcas se refieren al conocido industrial G. F. Muntz y a su fábrica de Birmingham en la que, fundamentalmente a partir de 1840, se produjeron unas planchas de oricalco muy demandadas por la industria naval de la época y que iban destinadas a recubrir los cascos de los barcos. El empleo de estos materiales de las fábricas de Birmingham en el barco localizado en aguas de Torrequebrada indicaba, sin posibilidad de duda, que su hundimiento se produjo en una fecha posterior al momento inicial de la producción del oricalco tipo Muntz con que el casco de madera de este navío iba recubierto en el momento de su naufragio.

Dadas las nuevas pistas que ahora se ofrecían para identificar al barco hundido en Torrequebrada, el Ayuntamiento de Benalmádena, a través de su Concejalía de Cultura, encargó una investigación sobre el tema al Grupo de Arqueología Subacuática “Nerea”, investigación que acaba de culminar felizmente con el descubrimiento de la identidad del navío naufragado. Los trabajos en diversos archivos que han llevado a cabo los componentes del grupo “Nerea”, y entre ellos singularmente los realizados por don Carlos Cañete Jiménez y don Javier Noriega, han concluido que este barco era el *Isabella*, un *brig-barc* inglés propiedad del naviero Robinson que se hundió por la fuerza del temporal en la costa de Benalmádena el 4 de marzo de 1855 cuando viajaba, comandado por el capitán Brown [*Diario Sur*, 29/3/2003, 60], con una carga de mármoles, desde Génova hasta Calcuta [*Diario El País. Andalucía*, 29/4/2003, 16]. La referencia que estos investigadores han localizado en la Lloyd’s List de la compañía de seguros Lloyd’s de Londres, donde se reproduce la

notificación remitida por su representante en Málaga y fechada en esta ciudad el 5 de marzo de 1855, no deja lugar a dudas: *The ISABELLA, (barque) of Sunderland, Brown, from Genoa and Marseilles to Calcuta, with marble, sculptur, &c. Was strandet last night, near the Torre Quebrada, about 10 miles West of this port...* Capítulo interesante sería el averiguar quien fue el propietario de dicha carga artística y cual el destino que habían de tener tales piezas de talleres italianos, casi de seguro genoveses, personaje cuyo deseo de adornar el jardín de una de sus propiedades con estatuas de tipo clásico se vio frustrado por el temporal que sumergió esa carga frente a Torrequebrada. Lo que de ella pudo recuperarse también ahora se sabe que se subastó en Málaga por el conocido comerciante de origen gibraltareño don Juan Giró, el fundador de la herrería El Ángel y socio de los Heredia. Sobre este asunto los investigadores del Grupo Nerea, igualmente, han localizado con motivo de sus indagaciones sendos anuncios publicados los días 8 y 10 de abril de 1855 en *El Avisador Malagueño* que dicen: *VENTAS. Consulado británico. El miércoles 11 del corriente á las once de la mañana, se venderán en pública licitación en los almacenes de don Juan Giró, sitos en la Alameda de los Tristes, los despojos del casco y demás enseres del bergantín barca ingles nombrado ISABELLA, naufragado en las playas de Torrequebrada, distante una legua al O. de Torremolinos...*, noticia ésta que da pie a los descubridores de todas estas novedades para proponer como cosa bastante probable que algunas de las estatuas de mármol que adornaron los jardines del palacete de don Juan Giró en el Paseo de Reding pudieran efectivamente proceder de la carga artística del Isabella.

Otra importante investigación sobre barcos antiguos relacionados con Málaga es la que viene dirigiendo en estos últimos años el Académico de la Real de San Fernando y Catedrático de Arqueología de la Universidad Complutense de Madrid, Profesor don José María Luzón Nogué con quien, precisamente en cuanto a la documentación malagueña relacionada con este asunto se refiere, viene últimamente colaborando nuestra Académica Numeraria la Profesora doña Marion Reder Gadow. Me estoy refiriendo al *Westmorland*, una fragata inglesa cargada de obras de arte que llegó apresada por otros navíos franceses al Puerto de Málaga en 1779. El Profesor Luzón ya ha dedicado al tema una serie de trabajos interesantísimos, entre otros, su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando [*El Westmorland. Obras de arte de una presa inglesa*, RABASF, Madrid, MM], así como ha comisariado una excepcional exposición itinerante sobre los tesoros artísticos que el *Westmorland* transportaba y que se ha celebrado en Murcia (octubre-diciembre, 2002), Sevilla (enero-marzo, 2003) y que ahora, en junio de 2003, está a punto de ser clausurada en Madrid, donde en las salas de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando ha permanecido abierta desde el pasado mes de abril. El lujoso catálogo de 373 páginas editado con motivo de tal exposición, titulado *El Westmorland. Recuerdos del Grand Tour*, contiene documentadísimos textos de Brian Allen, David Bindman, Ana María Suárez Huerta, José M. Luzón Nogué, Almudena Negrete Plano, María Dolores Sánchez-Jáuregui Alpañés e Isabel Rodríguez López, a los que deben unirse las excelentes fichas del catálogo de piezas expuestas que han redactado algunos de estos autores, además de Alejandra Hernández Clemente, Almudena Negrete Plano, Alfonso Pleguezuelo, Elena Castillo Rodríguez, Irene Mañas Rodríguez, José Jacobo Storch de Gracia, Mercedes Cerón Peña, María del Carmen Alonso Rodríguez, Nieves de la Paz Ricardo y Pablo Vázquez Gestal.



*Vedute di Roma 1778. Giambattista Piranesi. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.*

El Westmorland, capturado por dos navíos de Francia, entonces en guerra con Inglaterra, que fondeó en Málaga el 8 de enero de 1779, hacía la ruta Livorno-Londres e iba cargado, junto a varias mercancías (alimentos, medicinas, sal, vino, aceite, sedas, libros y mapas), con las pinturas, esculturas, grabados, libros, partituras musicales, muebles y otra serie de recuerdos que varios jóvenes de la aristocracia inglesa –entre otros el Duque de Gloucester, hermano del rey Jorge III– habían ido adquiriendo en el usual viaje de estudios que los jóvenes nobles ingleses, acompañados de sus tutores, solían realizar a Italia como colofón de sus estudios, viaje que solemos denominar genéricamente como “Grand Tour” y que, obligadamente, incluía su paso por Francia, los Países Bajos y Suiza. Entre los muchos objetos de valor de que constaba la carga del Westmorland venía un bloque de mármol en forma de pedestal que contenía en su interior reliquias de mártires. Era un regalo póstumo del Papa Clemente XIV al católico Lord Arundell, Duque de Norfolk, quien había destinado *ex profeso* un nicho para contenerlas en la capilla de su castillo de Wardour. Dada su singularidad esas reliquias fueron reclamadas por el Nuncio Pontificio y se logró que, tiempo después, fueran devueltas a la Santa Sede [A. M. SUÁREZ HUERTA, *El Punto de las Artes*, 4-10/2/2000, 19]. El capitán de la flotilla francesa, a su vez, remitió desde Málaga al Ministro de la Marina francesa, como parte de lo que le correspondía por la presa, nada menos que el excepcional cuadro de Rafael Mengs representando a *Perseo y*

*Andrómeda* que había adquirido en Roma sir Watkin Williams Wynn y que, tras su llegada a Francia, sería luego comprado por Catalina la Grande de Rusia y ello es la razón de por qué dicho cuadro se conserva en el Ermitage en San Petersburgo. El resto de la carga del buque lo componían una excelente colección de cuadros, esculturas y estampas, entre ellos pinturas de Pompeo Batoni, como un par de magníficos retratos de Francis Basset [M. D. SÁNCHEZ-JÁUREGUI, “Two portraits of Francis Basset by Pompeo Batoni in Madrid”, *The Burlington Magazine*, julio 2001, 420-425] o el del Museo del Prado que, durante un tiempo, fue tenido como retrato del célebre anticuario sir William Hamilton, en cuyo fondo se ve el conocido busto de la Faustina Minor del Museo Capitolino, y que ahora ha podido identificar Luzón como de George Legge, Vizconde de Lewishan. La colección de grabados de Piranesi, sueltos o encuadernados, y algunos coloreados es verdaderamente abrumadora. Un conjunto de acuarelas con vistas de lugares de Italia de John Robert Cozents que, procedentes de esta carga del Westmorland, posee la Real Academia de San Fernando son ejemplares únicos por el estado de conservación de sus colores. Un grupo interesantísimo lo componen las esculturas. Hay piezas de Albacini, de Vincenzo Pacetti, retratos en terracota y en mármol –como el espléndido de Mengs– de Christopher Hewetson, esculturas “a la antigua” o restauraciones del taller de Bartolomeo Cavaceppi, como los grupos de *Eros y Psique*, *Baco y Ariadna*, la versión de la Amazona *Mattei*, la copia de la cabeza de la Afrodita Médicis. Cabe destacar también entre el conjunto escultórico los cuatro candelabros de la Academia de San Fernando con relieves de gusto neoático en sus pedestales, obra del taller de Piranesi y el conjunto de urnas cinerarias que se guardan en el Museo Arqueológico Nacional que, hasta estas nuevas investigaciones, se han venido considerando como genuinas piezas romanas, cosa que ahora se descarta. La colección de libros es valiosísima y, por nombrar alguno, mencionaremos el de sir William Hamilton sobre los *Campi Phlegraei: Observaciones sobre los Volcanes de las Dos Sicilias...* con sus llamativas láminas coloreadas.

Todo el lote de obras de arte se subastó en Málaga y fue adquirido por la Compañía de Lonjistas de Madrid. Quedó almacenado durante bastante tiempo en nuestra ciudad para posteriormente ser adquirido por el Banco de San Carlos por orden de Carlos III y de Antonio Moñino, el Conde de Floridablanca, su Secretario de Estado. Pese a algunas reclamaciones de los ingleses, la Corona de España mantuvo la legitimidad de aquella presa y por ello, muchos de aquellos objetos se destinaron a la decoración de los palacios reales (Como es el caso de la chimenea de mármol que había adquirido en Roma el Duque de Gloucester y que actualmente figura en el Salón de Carlos III del Palacio Real de Madrid), siendo enviada la mayoría en 1783 a la Real Academia de San Fernando donde hoy siguen siendo una parte muy importante del acervo artístico y documental de su Museo y de su Archivo-Biblioteca.